

# LA GRAN CASTRADA

POEMA HERÓICO

QUE CANTA LOS GLORIOSOS HECHOS REALIZADOS BAJO EL REINADO

DE

S. M. EL EMPERADOR SAENZ PEÑA

ESCRITO CON TINTA CHINA

POR EL BACHILLER

## CARYSTUS

Descendiente de Pepe Verdades, ex - Agente de pesquisas periodísticas,  
portero del Ateneo, músico de la Orquesta del Teatro del Patriotismo,  
y aspirante á morir de hambre por tener la espina  
dorsal un poco dura



BUENOS AIRES

EN EL AÑO DE GRACIA DE 1893.

PARA CASTIGO Y VERGÜENZA DE FILISTEOS



# LA GRAN CASTRADA

## POEMA HERÓICO

QUE CANTA LOS GLORIOSOS HECHOS REALIZADOS BAJO EL REINADO

DE

S. M. EL EMPERADOR SAENZ PEÑA

---

ESCRITO CON TINTA CHINA

POR EL BACHILLER

## CARYSTUS

Descendiente de Pepe Verdades, ex - Agente de pesquisas periodísticas,  
portero del Ateneo, músico de la Orquesta del Teatro del Patriotismo,  
y aspirante á morirse de hambre por tener la espina  
dorsal un poco dura



BUENOS AIRES

EN EL AÑO DE GRACIA DE 1893

PARA CASTIGO Y VERGÜENZA DE FILISTÉOS

17-13



# DEDICATORIA



AL PUEBLO ARGENTINO

Oh! pueblo bonachon cuyos violones  
ya fatigados de tocar desmayan  
acepta generoso estos renglones  
y deja que mis versos petizones  
desde mi rancho hasta tu rancho vayan.

EL AUTOR.





## CANTO I

Libreme Dios de calumniar á nadie  
que aunque es ¡ay! la calumnia cosa humana  
mi educacion cristiana  
me impide usar de tan servil resorte;  
será pues la verdad corrida y llana  
la eterna luz de mi perpetuo norte.  
Quédese para el dulce Avellaneda  
ese trabajo de mentir y pueda  
hablando del asunto aquel de marras  
en estilo anticuado,  
hacer mostrando las crispadas garras  
un poema de estilo de Obligado,  
mientras que yo prosigo mi camino  
llamando pan al pan y vino al vino.  
Los episodios místicos que cuento  
jamás serán por el rencor falseados  
y solo cuando el yugo polvoriento  
de la tirana rima  
la negra bola de mi cráneo oprima,  
corrigiendo los hechos  
en tan brillantes tiempos sucedidos  
á los torcidos pintaré derechos  
y á los derechos pintaré torcidos.  
Hecha ésta salvedad parlamentaria  
qué aún mas que oportuna, es necesaria,  
torno á decir lo que á decir me queda  
y con cachaza suma  
(imitando á Espronceda)  
allá van versos donde vá mi pluma.  
En una calle de un lejano barrio  
una casa hay entre otras escondida  
donde jamás los necios resplandores  
de la turba atrevida

llegaron, ni el tumulto de la vida;  
casa feudal cuya presencia austera  
hace parar los pelos á cualquiera  
y cuyos anchos pórticos de hierro  
custodia siempre un gigantesco perro.  
La calle angosta, lóbrega y oscura  
desierta está desde tempranas horas  
y aunque sea un aborto de bravura  
es muy raro el mortal ¡ay! que aventura  
en ella sus pisadas tembladoras;  
como que según cuenta en sus sermones  
un fraile razonable aunque algo viejo  
hay en ella un confuso y vil cortejo  
de diablos, salamandras y ratones.  
Una noche de Octubre (siempre pasa  
que de noche sucedan aventuras)  
estaban esa calle y esa casa  
mas terribles quizás y mas oscuras.  
Y como ya ninguno, vivo ó muerto  
pasaba por allí ni con sotana,  
se podia decir en tono cierto  
que el barrio aquel estaba mas desierto  
que la mollera de Manuel Quintana.  
El viento entre los árboles rugía  
pronunciando con voz de verdulera  
tantas palabras y de tal manera  
que á decir la verdad, se parecia  
á un diputado ó senador cualquiera.....

Mas de pronto un carruaje se detiene  
ante las rejas de la antigua casa,  
un alto criado á abrir la puerta viene  
y el hombre que del coche descendía  
con estraña cautela  
sin decir esta boca es boca mia  
por el porton se cuela,  
mientras yo présumiendo algo muy grave  
miraba por el ojo de la llave.

—¿Me espera Rosa?— preguntó de pronto  
el estraño embozado

—Desde las once— contestó el criado  
Y sin mas añadir ambos siguieron  
hasta una oculta puerta  
que alguien dejara por descuido abierta,  
en el negro dintel se detuvieron  
y con aquel recato  
y aquel temor del escaldado gato,  
obrando con cilónica cautela



(como diria Oyuela)  
se cambiaron, á falta de otras cosas,  
palabras misteriosas  
que vuelan y huyen sin dejar estela.  
Luego ya terminada  
la estraña conferencia inusitada  
—Muy buenas noches— dijo el visitante  
con voz profunda de cantor de misa  
y — Buenas noches— contestó al instante  
el criado con místico semblante  
pudiendo apenas contener la risa.

No os admire lectores  
lo que en este episodio se compendia,  
que bien pueden tambien los servidores  
reir de sus señores  
como se rie de la ley Garméndia.  
Además es la risa  
una cosa que viene tan deprisa  
y que con tal presteza se adelanta  
que no hay tiempo de ahogarla en la garganta.  
Que lo diga sinó Eduardo Madero  
ese inglés enredista y trapacero  
amalgama de todo  
que se rie de todo  
menos de la fortuna y del dinero.  
El tambien se ha reido  
de Pellegrini, emperador caído,<sup>e</sup>  
y de Julio tambien y de Miguel  
y adulador en todas ocasiones  
con su puerto madero,  
proseguirá burlando al munda entero  
y comiendo millones y millones.

Pero volviendo á lo que aqui contaba  
has de saber al fin lector amigo  
(y esto solo en secreto te lo digo)  
que el incógnito bulto que asi entraba  
sin ni siquiera remover la aldaba  
era el flamante emperador Saenz Peña,  
ese santo barbudo  
que tiene hoy que su púlpito desdeña,  
por únicas verdades las que sueña  
y por única ley la del embudo.  
Era Saenz Peña, si, que en altas horas  
el claustro de su casa abandonaba  
y envuelto entre medidas previsoras  
ocultamente hasta el portal llegaba  
de aquella real mansion en que encerraba

á la mujer mas dulce y mas hermosa  
que haya nacido, á la incitante Rosa.  
Ni Mariano Varela  
que es solo un mercachifle de franela,  
fuera capaz en su fatal desmoche  
de salir á las doce de la noche  
por visitar á una vulgar chicuela ;  
y sin embargo el doctoral Mariano  
apesar de su barba *algo* canosa  
tiene fama de ser aquella cosa  
que llaman *calavera* en castellano.  
Esto prueba señores  
sin que ninguno á replicar se atreva  
que aunque gobierne ó reine  
es el Saenz Peña de mi cuento un peine  
capaz de resistir cualquiera prueba.

.....  
Despues de separarse del criado,  
el viejo emperador con mucho tiento  
entró en un aposento  
bañado con pudor por la bermeja,  
tibia vislumbre que un candil refleja.  
Era una estancia espléndida y lujosa  
donde en confusa intimidad se unía  
la deslumbrante ostentación pomposa  
de los pasados siglos y la hermosa  
fina elegancia peculiar del día.  
Del alto techo gótico colgaba  
una lampara de oro que oscilaba  
llorando en su pereza,  
y que al influjo de senil tibieza  
la bizantina alcoba iluminaba  
con lánguidos espasmos de tristeza.  
Las paredes cubiertas de dorados  
de tapices, relieves y pinturas  
levantan sus rincones decorados  
con retratos y viejas armaduras ;  
y bajo el palio de una real cortina  
de tela damasquina  
que se desata en curvas desde el techo,  
ostentando sus mágicos primores  
se alza como un altar de los amores  
ancha, mullido y primoroso lecho.  
Y en él, coquetamente reclinada  
sobre un cojín finísimo de pieles  
una mujer ó mejor dicho una hada  
¡ay! juega descuidada  
con un ramo de dalias y claveles,

una mujer hermosa, tan hermosa  
que mas que una mujer es una diosa. . . .

Detengo aqui la descripcion, lectores  
y arrojó la paleta y los colores  
porque con negra agitacion nerviosa  
Juan Antonio Argerich me está mirando  
y su lápiz de fuego preparando  
para hacerme una critica rabiosa;  
que á criticar ¡gran Dios! no hay quien le iguale,  
cuando de madre sale  
todo lo arrolla con su infame mano  
y todo lo destruye y lo desteje. . . .  
¡Pues no ha llegado el literato hereje  
á criticar los versos del Pampeano!  
Yo le temo lectores, es perverso  
huyendo de su prosa y de su verso  
me voy con esta música á otra parte,  
porque no quiero por amor al arte  
ir á hacer compañía  
envuelto en gasas de plateada espuma  
á la falange fria  
de los bardos vencidos por su pluma,  
cuyos cuerpos conserva indiferente  
dentro de un frasco inmenso de aguardiente.  
Detengo, pues la descripcion repito,  
que aunque el diario que escribe Bartolito  
¡ay! me apoyara con semblante fiero  
no quiero ¡no demonio!  
que venga Juan Antonio  
á dar al traste con mi libro entero.

El clérigo Saenz Peña  
Despues de traspasar con arrogancia  
el dintel tentador de aquella estancia  
donde estaba su dueña,  
haciendo gala de fervor cristiano  
se santiguó con la derecha mano  
y arreglando su cuerpo ya maltrecho  
del mejor modo que arreglarlo pudo  
entre tos, gargajillo y estornudo  
llegó hasta el borde tropical del lecho  
é inclinando sus labios pedregosos  
sobre los labios de la ninfa, hermosos  
los cubrió, consumando mil excesos,  
con un copioso chaparron de besos.

Y ella pura, inocente,  
y casta como el sueño do un Quijote:

le dijo al presidente  
tirandole con fuerza del bigote:  
—Mira Luisito, por favor, no dudes  
de que es mucho mejor que te desnudes.  
Oh! quitate esa lánguida levita  
que sucia y arrugada,  
parece la mortaja destinada  
á cubrir el panteon de un sibarita;  
y para mejor ver tu cuerpo seco  
y mejor admirar tus perfecciones .  
sácate ese chaleco  
y sácate tambien los pantalones.  
Mostrando los palillos  
de tus brazos desnudos y amarillos  
que parecen punzantes alfileres,  
arráncate colmando mis placeres  
camisa, camiseta y calzoncillos.  
Y así las trabas de la vida rotas  
volviendo el mundo á la razon del dia,  
aparta la mundana hipocresia  
y quédate mi bien ¡ay! en pelotas. . . . !

Al oír el magnate  
estas palabras dichas con denuedo,  
de vergüenza quizá, quizá de miedo  
se puso del color del chocolate;  
nublóse la cándida mirada,  
arrugáronse en anchos costurones  
sus rústicas facciones  
y llorando tan bárbaros deslices,  
dió dos vueltas en torno de si mismo  
pareciendo buscar algun abismo  
donde echarse al instante de narices.  
Y no encontrando en su afliccion sincera  
mas que una escupidera,  
el viejo presidente  
en los espasmos de un temblor maldito,  
bajóse el pantalón, desnudó el pito  
y se puso á orinar, tranquilamente.  
(Perdóneme Cañé siempre galante  
y vea con talento justiciero  
que si yo he dicho pito ¡Dios entero!  
causa ha sido nomás del consonante)

Luego que hubo llenado  
ese deber sagrado  
se calmaron sus negras aficciones  
y dirigiendo su mirada al lecho  
como hombre de sí mismo satisfecho,  
lanzó un nuevo estornudo,

sacóse los botines  
y olvidando sermones y maitines  
tiró la ropa y se quedó desnudo.

Desde edades remotas  
dicen que Adonis fuera  
belleza tan completa y hechicera  
cuando andaba en pelotas  
que ninguna mujer le resistiera,  
mas si alguien ¡vive Cristo!  
al viejo emperador hubiera visto  
cuando arrojó su desgastada ropa,  
comprendiera que es mucho mas bermoso  
que el Adonis aquel ya tan famoso  
en los anales de la vieja Europa.

Un melón como forma de pelada,  
dos orejas llorando sus desdichas  
y envolviendo una cara ya arrugada  
una barba canosa tan cerrada  
que parece una sarta de salchichas.  
Su audaz nariz de incalculable altura  
se alza entre sus pómulos salientes  
y en el abismo de su boca oscura  
danzan en loca confusion tres dientes.  
Sus espaldas huesudas se deshacen  
en dos montes flamígeros y extremos,  
de cuyas cimas escarpadas nacen  
dos brazos largos como largos remos.  
Su pecho tosco, negro, súcio y rudo  
que oscila con asmática fatiga,  
se une en consorcio cariñoso y mudo  
con la pueril barriga,  
sobre la cual con místicos anhelos  
se agita un mar de gigantescos pelos  
y en fin su..... ¡pero calla lengua mia,  
que hay partes que no admiten poesia!

Ni el mismo Guido Spano  
que hace todas sus cosas con la mano  
lograra describir los misteriosos  
recónditos arcanos de belleza  
que Saenz Peña con fines pudorosos  
esconde entre los piés y la cabeza.  
Es un cuerpo divino  
digno tan solo del pincel de Apeles,  
como fray Marcolino  
dijera una mañana en los dinteles  
de la capilla de Santa Lncia

mirando á una devota que salia  
Es algo asi como el perfil de un santo  
trazado por la mano de Murillo  
que esparce en torno juventud y encanto  
y tanto admira y enamora tanto  
que ciega al mundo con su inmenso brillo.  
Goyo Soler el juvenil payaso  
de todos los ingénius titeadores  
que, como Lainez y otros mil doctores,  
titeando á todo aquel que hallan al paso  
aspiran á subir hasta el parnaso,  
lo dijo una mañana  
soñando en la belleza Americana:  
—Saenz Peña es un portento que eslabona  
hermosuras y gracias y donaires  
lo confieso, despues de mi persona  
es el mejor galan de Buenos Aires.  
En lo que Soler dijo esa mañana  
mucho verdad se encierra:  
que hay una trinidad en esta tierra  
Saenz Peña, Goyo y don Manuel Quintana.

Los hilos recojamos  
de este gran cuento y ¡oh lector! sepamos  
que Rosa que embargada lo miraba  
y en el cuerpo de Peña se recreaba  
lanzó un hondo suspiro  
que se oyó hasta la plaza del Retiro  
y levantando su virginea frente  
le dijo al escaldado presidente:  
—Ven pronto aquí á mi lado Luis del alma  
y con tus gruesas herramientas calma  
el igneo fuego de mi amor ardiente.  
Y él ciego, decidido  
hechando sus reparos al olvido  
ante la frase de la casta dama,  
empuñó con amor sus instrumentos  
y se acostó con bélicos intentos  
bajo el dosel de la mullida cama.  
Aqui lector amado se detiene  
mi pluma por pudor; que no conviene  
descubrir las secretas relaciones  
que entablan los amantes  
cuando están retozando unos instantes,  
entre sábanas, fundas y colchones.  
Y aunque tal paso describir quisiera  
de fijo no pudiera,  
porque ducho Saenz Peña en aventuras  
al acostarse con cuidado habia

apagado la luz que antes ardia  
y estaba el cuarto por lo tanto á oscuras.  
Solo puedo decir que trás los gruesos  
cortinajes de paño damasquino  
se oyó toda la noche en remolino  
crujir de cama y rumorear de besos,  
y que con el reflejo tembloroso  
de la primera luz del nuevo dia  
de la casa salia  
el viejo emperador muy ojeroso,  
mientras por otra puerta mas pequeña  
su hijo, el coronel Roque Saenz Peña,  
entraba sonriente  
y esclavo vil de una pasion ardiente  
penetraba en la alcoba de la bella  
por su padre tenida y sustentada  
y que despues bajo la alcoba aquella  
resonabá una alegre carcajada.....

---





## CANTO II.

Estimado lector ¿quiéres cual Dante  
abandonando la pesada vida  
y su cárcel oscura y vacilante  
entrar en este instante  
à la region temida,  
negra antesala del oscuro abismo  
en cuyo seno mismo  
se debaten las fieras infernales?  
¿quiéres venir á conocer la eterna  
universal caverna  
donde, al calor de los humanos males,  
se agitan en latidos desiguales  
mil almas pecadoras  
que bendiciendo su primer pecado  
retornan á pecar horas tras horas?  
¿quiéres tocarlos con tu propia mano  
à esos seres aborto del destino  
que persistiendo en su brumal camino,  
con apetito insano  
vejetan para siempre en el arcano  
del desolado infierno?  
¿Lo quiéres. . . Si lo quieres yo te digo  
que, vengas ¡ay! á visitar conmigo  
la casa de gobierno.  
Y antes ¡oh buen lector! que el umbral pises  
tápate con dos corchos las narices.  
Regia entrada, magníficos pasillos:  
salones, y antesalas y oficinas  
y cuidando las arcas argentinas  
una completa coleccion de pillos:  
porteros que parecen personajes  
de gesto altivo y recamados trajes,

sirvientes soñolientos  
y soldados y obreros y guardianes  
y una runfla de empleados haraganes  
tomando mates y contando cuentos.  
Curiosos, noticieros, contratistas,  
monómanos, artistas  
y hasta egregios pultores de la musa  
y frailes y extranjeros y escribanos  
y un coro sin igual de cortesanos  
haciendo marco á esta babel confusa.  
Despues los ordenanzas, centinelas  
militares, bolsistas, pretendientes  
y una perpetua ebullicion de gentes  
que cuando con estruendo  
camina, corre y vuela  
parece multitud de ajos ardiendo  
sobre el lecho feudal de una cazuela.  
Parece mas, parece manga inmensa  
de langostas voraces  
que en sorda nube palpitante y densa  
para cuidar mejor de su defensa  
adopta mil y mil varios disfraces.  
(Y conste que al hablar de la langosta  
no aludo á Eduardo Costa  
ese doctor de partos primerizos  
que hoy en lozana juventud garrida  
¡ay! deja dulce resbalar su vida  
entre rosas, violetas y chorizos).

.....  
En tanto en un lujoso gabinete  
su majestad Saenz Peña y otros siete  
políticos ilustres y famosos  
se hablaban al oido  
con gestos y ademanes misteriosos.  
Una ventana mistica cerrada  
al través de la oscura celosia  
cual vislumbre muriente y apagada  
dejaba resbalar la luz dia,  
y á los tristes, opacos resplandores  
en mullidos asientos recostados  
estaban entre laurós y entre flores  
esos príncipes, duques y señores  
que han levantado como propia enseña  
los apéndices bíblicos de Peña.  
Estaba allí Quintana  
con su nariz en forma de banana  
y sus aires sobrado coquetones  
estudiando en sus propios pantalones

la pequeñez de la grandeza humana.  
A su lado Romero  
candidato de Lainez y escudero  
murmuraba en inglés y murmuraba  
y con sonrisas de placer hablaba  
del ridiculo puerto de Madero.  
Y mas allá el acólito Anchorena  
munido de su místico incensario  
parecía, en un alto campanario  
tocar una campana que no suena.  
Luego como dos cándidos amantes  
que huyendo siempre del tumulto impuro  
buscan las sombras de un rincón oscuro  
para juntar sus labios palpitantes,  
Victorica y Alcorta conversaban  
en un sofá lejano y se abrazaban.  
Y al fin en grupo misterioso, estrecho  
estaban con el rostro del que sueña  
Pellegrini, Saenz Peña  
y Mitre que aunque viejo ya, y desecho  
traga y dijere con tan gran provecho  
que se comiera sin dejar un codo  
al mismo Aneiros con anillo y todo.

Tramábase algo sumamente grave  
porque con gesto de profunda pena  
se levantó el acólito Anchorena  
cerró la puerta y se guardó la llave.  
(Entanto yo me habia  
escondido debajo de un sillón  
y desde allí veía  
y escuchaba también lo que decía  
cada cual, sin cambiar de posición.)  
Después el viejo emperador baboso  
de gloria y prez celoso  
se alzó nerviosamente  
y entreabriendo con cólera exitada  
su boca descarnada,  
soltó un discurso del tenor siguiente:  
— Vosotros los destellos de la ciencia  
raza de Scipiones,  
vencedores doquier, cuyas famosas  
espadas gloriosas  
ataron á mi carro mil naciones  
que el cetro depusieron  
y al golpe de mis pedos se rindieron;  
vosotros los patriotas,  
santos Catones de moderno cuño  
que ¡ay! evitando fratricida guerra

lograistes subyugar toda la tierra  
y meterla en el hueco de mi puño,  
para que los laureles  
hicieran escalera  
sobre el melón de mi gentil mollera;  
vosotros los filósofos del mundo,  
hijos de Juan Jacobo,  
que relozais felices  
con un dedo metido en las narices  
y otro en el eje del dormido globo;  
vosotros los gloriosos comerciantes  
que olvidando porotos y plumeros  
sois ahora los nobles consejeros  
que forman la granítica muralla  
donde se estrella la servil canalla;  
vosotros ¡oh sí! todos  
los que por varios y distintos modos  
mas con iguales fines  
me habeis lustrado botas y botines  
por favor ¡ay señores! es preciso  
que me saqueis de un grave compromiso...

Calló el emperador. Profunda calma  
signió á su exhortacion de sacristía,  
en gabinete no se oía.  
mas que el confuso palpitar del alma:  
que los ilustres sin dejar señales  
de vida, mudos, rígidos, iguales,  
sereno el rostro y fijas las miradas  
semejaban estatuas enclavadas  
sobre negros, inmensos pedestales.  
Así en el diplomático recinto  
del cóncavo Ateneo  
despues que acaba de charlar Martinto  
sienten los concurrentes tal mareo,  
que el arte abandonando  
se quedan todos. ¡justo Dios! roncando.  
Y en esto de roncar á cualquier hora  
no hay nada ni de serio ni de grave  
pues que mortal en este mundo ignora  
y que melon en esta edad no sabe  
que roncar es tan salo por juguete  
tocar con la nariz el clarinete.  
Que lo diga sinó Juan Cruz Varela  
ese digno sobrino de su abuela  
que apesar de ser bardo de aficion  
es músico afamado  
porque en todos los casos ha tocado  
como instrumento bélico el violon.

Pulsaba don Juan Cruz de tal manera  
su aparato sinfónico en la calle  
y el público á tal punto lo aplaudía,  
que con él solamente competía  
el doctor Aristóbulo del Valle.

Pero, volviendo á mi olvidada historia  
diré que alzando Victorica el dedo  
esclamó con denuedo:

¡Oh sabio emperador, santo glorioso!  
que rodeado de hermosos arreboles  
naciste al beso de dos castos soles,  
planeta luminoso  
ante cuyo reflejo  
inclinó la cerviz el poderoso  
y el orbe todo se quedó perplejo,  
chispa de ardor fecundo  
que Dios envió á regenerar el mundo  
con la doctrina de sus santos labios,  
¡oh! sabio emperador, sabio de sabios  
á tus plantas depongo una por una  
mi corona, mi espada y mi fortuna.

—Mucho agradezco Napoleon moderno  
vuestro cariño tierno,  
repuso el presidente  
mordiéndose los pelos de la frente.  
Y despues de un silencio prolongado  
dijo con voz de cornetin resfriado:

—Reclamo vuestra ayuda  
hijos bastardos de esta edad de fuego  
y á vuestra fiel solicitud me entrego  
que si mi cara angelical me escuda  
romperemos mil pueblos y naciones  
y haremos de sus hombres, salchichones.

En esto á Mitre le dolió un juanete  
y blasfemando en tono de falsete,  
entre indecentes voces  
y un aguacero torrencial de coces  
armó tan insolente algarabía  
que Saenz Peña y los otros se asustaron,  
y con razon ó sin razon pensaron  
(¡profundo disparate!)  
que era el pueblo argentino que venía  
¡ay! á romperles con furor el mate.  
¡Oh confusion! los nobles consejeros  
perdido el lazo de la fe cristiana  
se atropellan y rápidos, ligeros  
cual majada de tímidos carneros  
saltan revueltamente la ventana.

Con gritos de terror, faltos de aliento  
rueda en monton la acobardada gente  
y en catarata hirviente  
por la escalera ; bárbaros! se tiran  
y en rápido descenso locos giran.  
El bueno de Romero  
bajar queriendo por demás ligero  
atropella al galápago Anchorena  
y formando ridicula cadena  
caen maldiciendo al universo entero.  
Pellegrini, tambien rueda seguido  
del sábio Victorica que se queja  
porqué le acaban de pisar la oreja  
y Saenz Peña con tactica alemana  
se agarra á los tobillos de Quintana,  
y ciego, confundido  
de Pellegrini entre los piés se enreda  
se agarra á Alcorta y con Alcorta rueda.  
Mitre entanto con calma relativa  
miraba estos tumultos desde arriba,  
mas al ver tau profundo sobresalto  
entre sus compañeros de grandeza  
falto de calma y de conciencia fulto  
se arrancó la melena, pegó un salto  
y se tiró tambien ; ay! de cabeza.  
¡Oh confusion! cual colosal torrente  
en torbellinc ardiente  
de un tramo en otro tramo van saltando,  
se empujan y se excitan  
y con terror nefando  
blasfeman, rezan, gritan  
y en tumulto feroz se precipitan  
del mundo y de los hombres renegando.....  
.....  
.....  
Media hora mas tarde cuando el susto  
hubieron ya pasado  
y un cirujano por demás robusto,  
con gesto altivo y con semblante adusto  
curó á los que se habian lastimado,  
trataron todos de saber que causas  
impulsaron á Mitre  
á marranear en diapason tan gordo,  
mas él á ruegos y á preguntas sordo  
contestó con esquivas  
frases, y con repuestas evasivas  
y calló el caso del fatal juanete  
y se metió la lengua en él.....  
(Perdona ¡oh buen lector! si no he concluido

que antes de hacer que te pusieras rojo  
te digo la verdad, he preferido  
dejar el verso ante tu vista cojo  
mas si esta reticencia te ha ofendido  
y ha provocado tu sangriento enojo,  
puedes tu mismo averiguar sin mengua  
donde se suele introducir la lengua).

.....  
.....  
Saenz Peña con sus nobles consejeros  
entró de nuevo en la pequeña estancia  
y obrando como santos caballeros  
dejaron sus románticos sombreros  
sentándose otra vez con arrogancia.  
Y todos se callaron  
y con boca abierta se miraron  
entanto que Anchorena  
el ministro de cara mazarena  
que es según mil rumores nada estraños  
protector de una niña de quince años  
que se llama de nombre Filomena  
con gestos ¡ ay ! al parecer felices  
me daba con la puerta en las narices.  
Y yo me quedé afuera  
con el roporter de un *journal* cualquiera  
tratando de escuchar lo que decian,  
pero hablaban tan bajo  
que despues de atender con gran trabajo  
aún no pude saber si discutian.  
En vano yo alargaba  
las orejas en forma de corneta  
en vano hasta el aliento sofocaba,  
la frente me golpeaba  
y abría como un bárbaro la jeta.  
Todo era en vano; ni el rumor de un éco  
húmedecido ó seco  
se escuchaba al traves de aquella puerta  
ni un muriente gemido resonaba  
y ni un suspiro alzaba,  
su majestad emblanquecida y yerta  
Ni Miguel Juarez Celman el honrado  
presidente pasado  
que, según las malévolas consejas  
que el «Don Quijote» siempre ha propalado,  
tiene dos metros, y algo mas de orejas  
hubiera conseguido en su porfia  
oir lo que allá adentro se decia  
con razon el canónigo Terrero  
contaba á un misionero

hablando de las ciencias naturales  
que en esta tierra hay ciertos animales  
que se entienden por señas como el clero.  
Y tenía razon el buen canónigo  
que desde Garrigós hasta el presente  
ha ocurrido lo mismo  
y seguirá ocurriendo eternamente  
mientras del mundo en el profundo abismo  
respire y ande á su sabor la gente.

Pero el caso es lectores  
que rasgando toditas mis promesas  
no os puedo relatar hoy que proezas  
hacian esos misticos señores  
de aquel cuarto en los antros interiores,  
y yo tengo la culpa de este estado,  
aunque tenerla á la verdad no quiera  
pues á ser un poquito despejado  
en el cuarto me hubiera yo colado,  
como un Antonio Malaver cualquiera.  
Pero pues que ¡oh causales de mi rabia!  
me quedé como Davison en habia,  
trataré con los bíblicos porteros  
que ya de estar callados se fatigan,  
les haré hablar á fuerza de dineros  
y os contaré despues lo que me digan.

Ya me he hecho amigo de un guardian celoso  
que es hombre al parecer de largas vistas  
y el me dice que el bético Anchorena  
presentará un proyecto en que condena  
de este modo á los fieros anarquistas:  
«A Irigoyen y á Alem por no ser nuevos  
á cortarse la barba y los dos huevos.  
Al vi! Barroetaveña empedernido  
á amputarse dos metros de apellido.  
Al infame fatal Leguizamon  
á pulsar blandamente el acordeon.  
Y al barbaro Saldias  
á tomar veinte purgas en tres dias».  
Esto yo no lo afirmo á dato fijo;  
quizá mientras el portero  
que cualquier hombre dice lo que él dijo  
si le dan un puñado de dinero.  
Hablemos á otro tierno  
guardian de la casa de gobierno:  
—¿Cómo vamos amigo?

— ¡Qué le importa!




- Es Vd. muy amable  
—¡Que se calle!
- Es que yo....  
—¿A que le tiro á Vd. á la calle
- Yo soporto....  
—¿Y á Vd. quién lo soporta?
- Desearia saber  
—¡Que no me embrome!
- ....si es Vd. el portero  
—Soy portero
- Y si quiere dinero  
—¿Qué? ¡dinero!
- Dinero, si señor....  
—Pues traiga!
- ¡Tome!

Y despues me contó que Pellegrini otro proyecto presentar pensaba en que así al anarquismo condenaba: «Desde el presente con afan prolijo á aquella madre cuyo espúreo hijo al nacer ¡viva Alem! murmure ó diga se le abrirá en pedazos la barriga. Al hombre calavera que hable de libertad en su tontera cortaráselo si es primera vez la cabeza, los brazos y los piés, y si reincide á nuestra ley esquivo se le enterrará vivo. A todos los infames directores de estos conspiradores se les ensartará en la misma espada. y se hará con sus cuerpos carbonada»

¡Profunda inteligencia que alumbró los abismos de la ciencia!  
¡Bien dijo el gran Zeballos á los piés de la estatua de Massini que el talento que tiene Pellegrini es de una fuerza de diez mil caballos! Puede ser que alguien diga que este decreto es digno de Tiberio pero ¿quien que se precie de algo sério no sabe que es preciso una sangria para curar de un golpe la anarquia? Dice además el híbrido Escalada (el Auditor de Guerra) que son los anarquistas en la tierra unos hombres sin leyes y sin nada, y que por eso mismo

es muy justo romperles el bautismo  
Pero volviendo ¡oh Dios! á los decretos  
diré que nadie hasta hoy ha vislumbrado  
cual fuera el adoptado,  
que en tratádo de cónclaves secretos  
estos hombres de pró  
tienen tanta reserva acumulada,  
que no le dicen nada  
ni á la misma mamá que los parió.  
Resulta al fin y al cabo  
que yo me porté solo como un pavo  
que el lector se reirá de mí de fijo  
y que sin ya saber lo que se dijo  
aquí este canto por vergüenza acabo.



### CANTO III

Bien dijo el gran Forlet  
fundador del teatro de su nombre  
que es un zapallo el corazon del hombre.  
Y como cada dia  
mas me convenzo de tan triste aserto,  
hoy tengo ya por cierto  
apesar de la audaz filosofia  
que es el mundo tan solo ¡oh negros fallos!  
un desierto sembrado de zapallos.  
Y sinó que lo diga Julio Costa  
ese patriota de casaca angosta  
à quien (segun escribe con despecho  
Pera en sus mil articulos)  
no le faltan sinó los dos testiculos  
para ser un varon hecho y derecho.  
¡Los poetas románticos del dia  
que leen à Lamartine y à Garcilaso  
no pensarán como Forlet en el caso  
y al cabo su opinion no importaria,  
pues que doctor sesudo  
que mida la razon de sus diagnósticos  
hará caso de un Diógenes desnudo  
que se alimenta solo con acrósticos!  
Corazon! . . . corazon! Ese es el flaco  
de todos los mortales de esta tierra,  
perder en el Fronton, fumar tabaco,  
deber lo que debemos à Inglaterra,  
hacer mil fiestas en honor de Baco,  
bautizar à un caballo ó à una perra  
y disculparnos mil malas acciones  
porque tenemos buenos corazones. . . .  
Otros ¡ay! piensan de distinto modo  
y dicen convirtiéndonos en lodo

que el corazon no existe  
y que el hombre es lo mismo que el alpiste.  
Aunque á mi no me importan dos caminos  
el alma del mortal y sus destinos  
dire que esos filósofos dentados  
no estan equivocados.  
Hay hombres todo vientre  
y aunque el caso os parezca maravilla .  
¿dónde está el hábil corredor que encuentre  
un corazon en Benjamin Zorrilla?  
Zorrilla es un buen hombre,  
que solo tiene un punto feo: el nombre  
y sin embargo por cuestiones viejas  
que ni el mismo Gragera explicaria.  
le falta el corazon como podria  
faltarle la nariz ó las orejas.  
Otros dicen (por burla segun creo)  
que el corazon existe... en el Museo.  
Y otros claman en tono muy seguro  
basándose en la proyeccion del hecho  
que hay algo negro incommovible y duro  
que hace vivrar su voz dentro del pecho.  
Habrá ó nó corazon; que al fin son tantas  
las opiniones sobre el caso mismo,  
como hay bocas y frentes y gargantas  
del orbe inmenso en el profundo abismo!  
Mas si ¡por la gran perra!  
existe en esta tierra,  
cuan hermoso seria en santos fines  
poder pintarse el corazon ¡oh cielo!  
como se pinta el pelo  
el calavera de Julian Martinez.  
Y ahora que hablamos de Julian quisiera  
deciros ¡ay! de cualquier manera  
que este muchacho histórico, hoy en ruinas,  
dijiere de tal modo,  
que traga diez cajas de sardinas  
con latas, plato, servilleta y todo.  
Diréis que yo exagero  
y hasta que miento como un tonto, pero  
para que al fin ninguna duda abrigues  
té diré que anteayer hizo la apuesta  
de comerso ¡oh polémica funesta!  
en cuatro dias á Fermin Rodriguez.

Pero esclavo de largas digresiones  
que aburren con su pompa dilatoria,  
voy trazando renglones y renglones  
hablando de mil débiles cuestiones

que nada aumentan á mi loca historia.  
Quédese allí Fermin contra Julian  
discutiendo en sanscrito ó en latin  
que al fin y al cabo nada importaran  
los triunfos de Julian ó de Fermin,  
pero volvamos á exponer razones  
sobre la árdua cuesti6n : los corazones.  
¡ Cuán hermoso sería  
(al empezar mi digresion decia)  
poder teñirse el corazon, cuan bello  
el pintarlo de nuevo cada dia  
como se pinta el cutis y el cabello !  
No hagáis caso de tales amarguras  
al tratar de pinceles y pinturas,  
yo hablo solo de oidas y confieso  
que aún soy un chiquilin sucio y travieso  
y por lo tanto ignoro,  
si tiene el mundo un corazon de oro  
ó tiene el mundo un corazon de yeso.  
Dejemos á los sabios  
que aqieste asunto colosal revisten,  
y ensartando razones con razones  
nos digan si aun existen corazones  
y de que color son si aun es que exist6n.

Saenz Peña tambien tiene  
(y decirlo en secreto nos conviene)  
unno de dimensiones harto grandes  
que mide segun cuenta muy sensata  
por altura la altura de los Andes  
y por ancho el del Rio de la Plata.  
Asi pues no es estraño  
que con un aparato tan divino  
Saenz Peña se enamore como un chino  
dos mil quinientas veces cada año.  
Relatar las conquistas  
que pese á petroleros y anarquistas  
el gran Peña celebra,  
fuera lo mismo ; oh mujerial detalle !  
que sumar los porrones de ginebra  
que se ha bebido el general Levalle.

Tambien su hijo el coronel Don Roque  
es un tenorio de agitada historia  
que finjiendo un amor de albaricoque  
todas las noches, rebozando gloria,  
se estaciona sin coche ni escudero  
en la calle Santiago del Estero  
al llegar á la esquina de Victoria.

Tomando altiva, juvenil postura  
lleno de santo orgullo y de bravura  
levanta la cabeza,  
prende un cigarro habano que ha costado  
medio peso á lo sumo  
y hechando gruesas bocanadas de humo  
se pasea de un lado al otro lado,  
se arregla el cuello de la audaz levita,  
se sacude un botin con el pañuelo.  
y sigue caminando en su desvelo  
cual jóven sibarita  
moviendo entre los dedos la barita.  
Los de ese barrio, cándidos vecinos  
que ignoran la razon que tiene Roque  
para pasearse sin puñal ni estoque  
de la luna á los rayos cristalinos,  
inventan mil lucientes desatinos  
de origen fabuloso  
y enlazan el mentir con la patraña  
para esplicarse la presencia estraña  
del hijo de un señor tan poderoso.  
Unos ¡ay! dicen que Don Roque viene  
y si para en la esquina tan mentada  
para entrar á una casa reservada  
donde placer y borrachera tiene,  
otros murmuran con muy largas vistas  
que lo hace ¡oh catacumbas imprevistas!  
para rasgando precedentes viejos  
descubrir por si mismo los manejos  
de los infames, viles anarquistas,  
y otros declaman con un fin mas alto  
que llega allí sin miedo,  
para tomar el solo por asalto  
un arsenal que en su senil denuedo  
tiene y mantiene el general Racedo.  
Pero yo, buen lector, que sé el motivo  
de origen positivo  
que al coronel don Roque allí lo lleva  
té lo diré en secreto  
si me prometes que serás discreto:

Vive cerca á la esquina  
una rubia de cara peregrina  
que cuenta diez y siete primaveras,  
un ángel inocente  
á quien hoy llama con razon la gente  
la primera entre todos las primeras.  
Sus padres que de honrados blasonaban  
en ella ¡ay! encerraban

todo su fiel cariño y su ternura  
y solo en cuando, en cuando  
para irle á la honradez acostumbrando  
le daban con mesura  
una paliza ¡oh santas maravillas!  
que le rompía cuatro mil costillas.  
Ese *orquideo* de cara tan risueña  
el coronel — Doctor Roque Saenz Peña,  
le confesó una tarde que la amaba  
y que por su cariño se abrasaba;  
y la niña por via de consuelo  
creyendo ver en el amor el cielo  
escuchó de el galan que la asediaba  
las palabras amantes,  
y apesar de sus padres vigilantes  
le dió al galán lo que el galán buscaba.  
Roque es un calavera  
que se conquista á una mujer cualquiera;  
todas ceden calladas  
al beso coqueton de sus lisonjas,  
en su existencia lleva abandonadas  
setecientas solteras, mil casadas  
quinientas viudas y doscientas monjas.  
Son sus enredos tantos  
y tantas las boladas que el alegra,  
que su historia de amores es mas negra  
que las patillas del doctor Ocantos.  
Asi pues nadie estrañe ¡oh vanagloria!  
que el pícaro de Roque conquistase  
siendo él un redomado Lovelace  
al ángel inocente de mi historia.

Además es seguro  
como que el mármol de Carrara es duro  
que en el turbion de la vertiente humana  
cada mujer como parienta de Eva,  
en sus entrañas lleva  
un poco de aficion á la manzana.  
El mismo Absalon Rojas  
que es un completo peregil sin hojas,  
sabe algo de este asunto transparente  
y duda entre creer  
si sigue la serpiente á la mujer  
ó la mujer persigue á la serpiente.  
Por un fatal destino  
siempre ha sido asi el sexo femenino  
y sinó suplicadle á Calzadilla  
que evocando el fulgor de otras edades  
os cuente en mi descargo

como erán las beldades  
que en su tiempo tomaban mate amargo.  
Puede ser que el temible comandante  
hechandolas de jóven y galante  
calle ante los deslices de esas damas,  
pero si falta tan locuaz testigo  
para probar lo que en mis versos digo  
están mil cuartos y ochocientas camas.  
La cama! . . . Esa es la impura confidenta  
de todos los amores criminales ;  
cuando una yunta en su interior se asienta  
cruge y parece ; Justo Dios! que cuenta  
mil casos, y mil casos siempre iguales.

Pero ! por la gran flauta!  
ya voy perdiendo diapason y pauta  
y me encuentro otra vez fuera de quicio  
causa de estas jodidas digresiones  
que nos traerán, lector, mil desazones  
hasta que esclavos de tan feo vicio,  
pierdas tú, tu paciencia y yo mi juicio.  
¡Demonio! ya estoy harto  
de macanear y macanear sin tregua  
que à cada paso que yo doy, me aparto  
de mí historia lo menos una legua.  
Si no sé yo escribir novelas claras,  
si no sé componer como es debido  
si no sé deletrear, ¿quién me ha inducido  
á meterme en camisa de once varas?  
Me están dando profundas tentaciones  
tal es mi rábia y mi furioso celo,  
de agarrar á Morel por los calzones  
y arrojarlo á la Boca del Riachuelo.  
Pero el pobre Morel que culpa tiene  
de que mi larga lengua se desate  
y al mundo entero con mi charla llene,  
y me vuelva un eterno botarate,  
y abandone las aguas de Hipocrene  
y eslabone dislate con dislate,  
que culpa tiene dí, lector amigo,  
tú que llevas la ciencia en el ombligo?  
Mejor es serenarse  
y de asunto tan negro descartarse.  
¿Que provecho oportuno,  
que sería atenuacion  
sacaría yo con  
arrancarme los pelos uno á uno?

Tornemos pues á proseguir mi cuento



que me sirven de bárbaro escarmiento  
estas justas razones  
y prometo que entrando ya en vereda  
no haré mas digresiones  
ni volveré á charlar. . . . ¡mientras no pueda!  
Decia pues que la muchacha aquella  
tan inocente y bella  
escuchó del galán que la asediaba  
las palabras amantes,  
y apesar de sus padres vigilantes  
le dió al galán lo que el galán buscaba.  
Y ella jóven y el jóven se adoraron  
y amarse eternamente se juraron.  
Una mañana al retornar sonriente  
el viejo emperador don Luis Saenz Peña  
con la primera luz del nuevo día  
de un burdel muy lujoso do vivia  
entre otras una hermosa madrileña,  
vió á una jóven, portento de hermosura,  
que al umbral de una puerta muy pequeña  
al sacar el cajón de la basura  
en cubrirse se empeña  
la cara con un mazo de verdura.  
Era la ninfa de mi cuento, era ella  
la de don Roque enamorada bella.  
Saenz Peña como viejo muy galante  
le dijo haciendo y deshaciendo un gesto  
— ¡Quiéres ninfa elegante  
que yo te ayude á conducir el cesto!  
Y ella que conocia  
al padre de su novio y que sabia  
lo enamorado que era,  
le lanzó una mirada de alto en bajo,  
se rascó la nariz, soltó un ¡carajo!  
y se metió á su casa de carrera.  
Quedose el pobre emperador perplejo  
ante tan pronta y desatenta fuga  
que el ser un poco viejo  
y el tener en la cara alguna arruga  
nunca autoriza tan brutal manejo;  
pero luego pensando,  
y la razón con la ilusión mezclando  
pronto se convenció  
echando al diablo su perpetuo dolo  
de que la niña aquella de él huyó  
por un exeso de pudor tan solo,  
que es el pudor ¡malditos caracteres!  
el verdugo de todas las mujeres.  
— ¡No hay duda! — dijo el clerical tenorio —

su corazón es mío,  
me ama, pero huyendo el purgatorio  
no quiere en medio á su fatal desvío  
decir que hay algo que nubló su calma  
agitando el amor dentro del alma  
como las olas de un inmenso río.  
Y soñando no sé que locos planes  
se metió en una vil confitería  
que es un atorradero de haraganes,  
y se comió, sin ver lo que comía,  
mil setecientos veinte y nueve panes.

Media hora mas tarde el buen Saenz Peña  
con una borrachera no pequeña  
y un cólico de aquellos que én el día  
se llaman miserere,  
de la confitería  
tarareando salía  
una canción que el editor no quiere  
imprimir ; oh castísimos lectores !  
porqué despide muy malos olores.  
Y esclavo de una idea  
que en su mente aletea  
llegó á la puerta de la vieja casa  
do vive Nicolasa,  
esa niña portento de hermosura  
que al sacar el cajon de basura  
viendo á Peña con cara de ternera  
le lanzó una mirada de alto en bajo,  
se rasco la nariz, soltó un ¡carajo!  
y se metió á su casa de carrera.  
Y al extender la descarnada mano  
el viejo emperador hacia la aldaba,  
esclavo vil de un pensamiento enano  
vió aparecer en el confin lejano  
un espectro gigante que avanzaba,  
envuelto entre confusos nubarrones  
de tigres, salamandras y dragones.  
Don Luis helado el corazón de miedo  
murmuró una plegaria,  
se mordió con afán dedo por dedo  
y miró á su alrededor con fé palmaria  
buscando á alguno de la Liga Agraria  
como buscó á los Tártaros, Quevedo.  
Y el espectro avanzaba y retorciendo  
el vil tejido de su cuerpo horrendo,  
lanzando sordos gritos  
y llenando los orbes infinitos  
con su salvaje estruendo,

llegó ante Peña que en su fiel quebranto  
con el Jesus estaba ya en la boca,  
y desatando su ondulante manto  
—¿ Me conoces? — rugió y él dijo :  
-- ¡ Roca!

Era Roca en efecto que venia  
vestido de torero  
con chaqueta salada, ancho sombrero  
y una capa formal de andalucía ;  
un rabo largo y desigual traía  
que partiendo de *aquí* bajo la espalda,  
como fatal guirnalda  
en rojas hebras de amaranto y gualda  
su cintura de silfide ceñía.  
Y entorno de él como confusa plebe  
que el mar inmenso de sus olas mueve  
se agitaban, abortos del destino  
en oscuro y eterno torberllino  
mil monstruos que cantaban  
y en palpitante confusion danzaban.  
Tendió una mano el infernal gigante  
y la turba calló y oyose solo  
en silencio el estrépido atronante  
que hacia un profesor del teatro Apolo  
llamado Berruguete  
estudiando en su cuarto el clarinete.  
— Vengo á decirte emperador menguado --  
clamó don Julio levantando un ojo —  
que si desprecias mi sangriento enojo  
serás crucificado  
y para eterna mengua, reventado  
como un inmundo, miserable piojo.  
Yo, un general que conquistó el desierto  
en cuatro meses y diez y ocho dias  
purgaré de anarquistas tu ancho huerto  
si unes tus glorias con las glorias mias.

Ante tales palabras  
de Saenz Peña las lágrimas cayeron  
como lánguidas gotas de rocío  
y tan copiosas fueron,  
que al cabo de un momento convirtieron  
á aquella calle en un inmenso rio.  
Y al ver el general con calma helada  
la calle así inundada,  
sin insinuar temor ni tener miedo  
lanzo una carcajada,  
solto una maldicion, tiróse un pedo  
y olvidando con su ancha vestidura

su clásica joroba,  
hechó á volar hacia la regia altura  
montado sobre el palo de una escoba.  
Y dragones y tigres le siguieron  
y en el confin lejano se perdieron.

Eran la siete ya de la mañana.  
Ancha franja de grana  
teñía el horizonte allá á lo lejos,  
la ciudad rebozaba de alegría  
y el sol sobre sus calles desparcía  
el oro y zafir de sus reflejos.  
Y como era la hora en que ligeras  
de sus pobres patronos murmurando  
hacia al mercado van las cocineras,  
mas de una vió al emperador temblando  
que puesto de rodillas y rezando  
aun creia tener ante su boca,  
el espectro fatidico de Roca.  
— Mirad, mirad! al sacristan borracho.....  
(dijo con infamante algarabía  
y confusion tremenda  
aquella turba impía  
que á decir la verdad no conocia  
al dueño de sus vidas y su hacienda)  
— ¡Miradlo como reza!  
— ¡Por poco se ha caido de cabeza!  
— ¡Vaya una cara de terror que tiene!  
— ¡Es un viejo simplon — Está en remate!  
— ¡Adios Aneiros! — ¡Cómo llora el nene!  
— ¡Hipócrita! — ¡Coqueto! — Botarate!  
Y el ante tantos titeadores gritos  
volviendo en si de su fatal letargo,  
paseo su vista en derredor y al verse  
lejos de Roca y su palabra terca,  
sin poder contenerse  
le dió un abrazo á la que halló mas cerca.  
Y ellas las pudorosas  
cuando tan bárbaro entusiasmo vieron  
ofendidas y airosas  
tomaron sus canastas y sus cosas  
y en confusion desordenada huyeron.

Cuando se vió Saenz Peña otra vez solo  
lejos ¡ay Dios! del general — Manolo  
que según dijo conquistó el desierto,  
cuando miró que alegres y ligeras  
se alejan de él las cocineras  
como se aleja de la luz un tuerto,

y cuando comprendió que ya ninguno  
solicito importuno  
vendría con su charla majadera  
á poner trabas á lo que él deseaba,  
de nuevo aquella idea que aleteaba  
volvió á azotar su varonil mollera.  
Tendió otra vez la descarnada mano  
el viejo emperador hacia la aldaba,  
dió un golpe fuerte y otro golpe piano  
y una vieja con cara de gusano  
salió á mirar á quien así llamaba.  
—Es aquí donde vive ¡oh desventura!  
(gritó Saenz Peña con la boca abierta)  
esa niña portento de hermosura  
que esta mañana se asomó á la puerta?  
—Y si vive ó no vive en esta casa  
viejo galan conquistador de plaza,  
que se le importa á usted?—  
le dijo aquella arpia

mientras de un golpe solo se sorbía  
cuatro kilos lo menos de rapé.  
— Soy el glorioso emperador Saenz Peña —  
rugió él mirando á la exitada dueña.  
Al oír esta frase,  
la vieja deshaciéndose en aullidos  
en saludos, disculpas y cumplidos  
rogó á don Luis que entrase,  
y haciendo cortesias  
y suavizando su grotesco acento,  
hizo sentar á aquel dulce Mesias  
en el mejor sillón de su aposento.  
Y la puerta cerraron  
y con la boca abierta me dejaron.

Poco rato despues se despedía  
el viejo emperador de aquella arpia  
—¿Está pues convenido?—  
dijo al pasar del cuarto los umbrales—  
por dos mil setecientos nacionales  
seré el dueño de ese ángel bendecido  
¡y vaya al diablo Oroño y la Rosales!  
Pero al llegar á la entreabierta reja  
un negro pensamiento  
le hizo reflexionar por un momouto  
y se volvió muy serio hácia la vieja  
preguntando con bíblica amargura  
—¿Usted ¡ay! me asegura  
por el recuerdo de su bien futuro  
que es virgen de esa niña la hermosura?

y ella repuso al punto. —Lo aseguro!  
—Sin embargo quisiera  
(añadió el sacristán mirando al cielo  
para tender con mas soltura el vuelo)  
que usted ¡oh Genoveva! consintiera  
en que la niña examinada fuera.  
Y ella gritó: —Mandad que vengan sérios  
curanderos, y brujas y rectores  
boticarios, parteras y doctores  
para sondar tan intimos misterios,  
que todos os dirán con faz segura  
que es esta niña como el aura: pura.  
—Pues bien—dijo Saenz Peña—  
reuniré una junta de hombres sábios  
de sério nūmen y locuaces lābios  
que examinándola punto por punto  
me digan la verdad sobre el asunto.  
Y desfrunciendo por descuido el gesto  
con ademān dispuesto  
y tarareando una gentil cancion,  
se alejó sofocando sus anhelos  
en medio de una turba de pilluelos  
que vendian «La Prensa» y «La Nacion.»  
Mirad como el destino  
colocaba en identico camino  
al viejo emperador de cara austera  
que se mira en los rayos de la luna,  
y al jōven calavera  
que en el «New-Club» derrocha su fortuna.  
Solo en rigida ciencia  
entre ellos se notaba  
aquesta diferencia  
el viejo Luis pagaba  
y el jōven coronel aprovechaba.....

---



## CANTO IV

Que el hombre es hecho de aguardiente y barro  
ya lo dijo Pizarro,  
pero este gran acrobata de cuerda  
á añadir no se atreve  
que en el final del siglo diez y nueve  
cada mortal es un monton de mierda.  
Don Didimo quizá como católico  
romano y apostólico  
habrá querido ser muy circunspecto,  
pero yo que en mi bárbara locura  
jamás llegué á gobernador ni á cura  
verdad voy á deciros al respecto.  
Puede que me equivoque  
como cualquier pedazo de alcornoque,  
puede ser un capricho,  
pero con mi razon y mi derecho  
yo os aseguro que cada hombre es hecho  
de la materia que al principio he dicho.  
Venga el doctor Bermejo  
y mirese en la luna de este espejo,  
que al fin y al cabo, de cualquier manera  
resultará de mierda aunque no quiera.  
Y no se ofenda el doctoral Antonio  
que esto no encierra ni intencion ni insulto,  
además traigo en prueba el testimonio  
del ex-ministro de instruccion y culto,  
el hijo predilecto de Favonio,  
el hombre de mas seso y menos bulto,  
honra y provecho de la patria nuestra,  
el literato soñador Balestra.  
Está pues ya probado  
y á nadie mas en el futuro asombre  
si digo con acento descuidado

que vale poca cosa cada hombre.  
No replegueis la boca  
lectores, vuestro orgullo os equivoca;  
os hablo como amigo  
y lo que ahora de vosotros digo  
tambien á mi de reflon me toca.  
Soy un republicano  
o mejor dicho soy un socialista  
y me honro siempre en estrechar la mano  
de todo vicho que en el orbe exista.  
Asi pues olvidando al padre Astete  
y al orgullo feudal y á la riqueza,  
si os ha desagradado mi franqueza  
venga un abrazo y se acabó el sainete!  
Y si me lo exigis hago aquí punto,  
ya no hablaré de tan hediondo asunto  
y aunque una órden formal de Viejobueno  
me obligara á escribir sobre ese tema,  
cerraré con gran flema  
la boca, á imitacion de Nazareno,  
si es que él no manda que me den un palo  
convertido ¡oh buen viejo! en viejo malo.  
Manuel F. Mantilla  
que es la octava ó novena maravilla  
en todas las cuestiones,  
tambien aseguró lo que yo digo  
á Julio Pueyrredon su intimó amigo  
una tarde comiendo macarrones.  
Y Pueyrredon que es un gentil muchacho  
de porte vivaracho  
apoyó de Manuel el fatalismo;  
con que, caros lectores,  
si así pensaron estos dos señores  
justo es que piense yo tambien lo mismo.  
Pero, dirán ustedes  
que soy mas fastidioso que Cantilo  
y que si sigo en tan locuaz estilo  
me escucharán tan solo las paredes ;  
y al fin dirán verdad que ¿á quien le agrada  
perder su tiempo y su mejor derecho  
leyendo sin provecho  
doscientas lineas que no dicen nada ?

Recordará el lector que Luis Saenz Peña  
al despedirse de la vieja arpia  
le aseguró con cara muy risueña  
que un instante mas tarde nombraria  
á una junta formal que examinara  
á la niña y dijera



si era virgen aún ó no lo era.  
Luego el prudente emperador muy tierno  
se dirigió á la casa de gobierno,  
y al concluir de subir la ancha escalera  
llamó á Carlos Estrada,  
el secretario de falaz mirada,  
y le habló ¡justo Dios! de esta manera.  
— Inmediatamente  
mande citar para una cosa urgente  
á las cámaras, sitio: en el congreso  
hora: la una de la tarde en punto  
digalés que se trata de un asunto  
de mucha trascendencia y mucho peso.

¿ Porqué el emperador con tal premura  
reunia á las cámaras? ¿ porqué  
con tan inquieta y singular figura  
siguiendo del reló la marcha dura,  
azotaba la alfombra con el pié!  
¿ Porqué mirando en derredor decia  
suaves palabras que ninguno oyó  
y otra vez y otra vez las repetia  
mientras su vista celestial seguia  
la monótona marcha del reló?  
¿ Porqué lanzando su mirada al cielo  
se arrojó soñoliento en un sofá,  
y buscó en la oracion santo consuelo,  
siguiendo del reló en su loco anhelo  
el eterno, monótono compás?  
¿ Porqué? Jamás averiguó la historia  
con su pompa irrisoria  
la verdad de tan intimos arcanos!  
¡ Jamás la ciencia en sus delirios pudo  
desenredar el nudo,  
con sus inciertas, temblorosas manos...!

Y entanto el secretario  
vuela á cumplir la órden recibida  
armado de un rosario  
tan grande y ordinario  
como nunca lo vi en mi perra vida,  
el pueblo guiado por su propio instinto  
se junta prontamente  
y es tanta y tal la desbordada gente  
que en negro laberinto  
llega hasta el santo, patriarcal recinto.  
Y corre la noticia de que el viejo,  
emperador menguado  
á las cámaras ambas ha citado

para tener con ellas gran concejo,  
y como nadie sabe que ladinos  
propósitos esconde esta llamada,  
murmuran las vecinas y vecinos  
inventando mil locos desatinos  
dignos tan solo de Rafael Calzada.  
Se dice que de un hilo está pendiente  
la cabeza de mil conspiradores,  
que la guerra con Chile es inminente,  
que han descubierto un arsenal en Flores,  
que Anchorena se ha muerto de repente,  
que han apresado á cinco mil doctores,  
y que el padre Jordan se ha puesto capa,  
y se ha erigido sucesor del Papa.  
Otros cuentan y afirman que ha abortado  
una monja en la misma sacristia,  
que han entrado á saqueo en un mercado.  
que ha caído Bollini de un tramvia,  
que han visto á un grueso concejal ahorcado,  
que Rocha á desafiado á Demaria,  
y que en sus pedos literarios casi  
ha hecho otro drama don José Tarnassi.

Y entanto en el recinto del Congreso  
nuestros representantes van entrando  
del temor y la duda en el exceso  
mirándose, tosiendo y murmurando,  
y alguno que otro policial sabueso  
escondido en la sombra está observando  
para que no se cuele de pasada  
ningun estraño á la servil majada.  
Y allá en las antesalas en hirviente  
voráGINE fanática y maldita  
se oye un confuso rumorear de gente  
que habla, discute, vocifera y grita  
y de pronto el silencio efervescente  
de los que esperan una añeja cita  
y luego una profunda carcajada,  
por respeto ó por miedo sofocada.  
Pronto Uriburu el senador de pega  
oliendo aún á porotos y á morcilla,  
del presidente del senado llega  
hasta la siempre profanada silla.  
desde su asiento á sus amigos ruega  
que ocupen su lugar en la cuadrilla,  
y como si esperase una batalla  
declara abierta la sesion y calla.  
Corre entre la asamblea un rumor blando  
confusa mezcla de impaciencia y miedo

que se vá poco á poco acentuando  
sin que le importe al presidente un bledo,  
y atónito á los otros contemplando  
se muerde cada cual su propio dedo,  
y nadie acierta en su temor crecido  
á saber la verdad de lo ocurrido.

Vergonzosa, humillante expectativa  
retiene á todos en sus puestos mudos,  
parece aquello una falange esquiva  
de dormidos mitristas calzonudos,  
y el presidente con pasion lasciva  
desatando estornudos y estornudos  
oculta conversando con Zapata  
su gigantesca, singular *batuta*.

Unos hacen esfuerzos inauditos  
para tomar posturas atrayentes,  
otros tristes, apáticos, marchitos  
están limpiando los dorados lentes,  
otros se ensayan en cazar mosquitos  
pinchándoles las patas con los dientes,  
y algunos hay que en su fatal mareo  
estan en brazos del gentil Morfeo.

Y ya la barra á murmurar empieza,  
y murmuran tambien en los pasillos,  
se pone Don José color cereza,  
y los legisladores amarillos  
y alguno rie, y alguno otro reza  
y todos impacientes y sencillos,  
se mirán entre si con ansia loca  
pudiendo apenas entreabrir la boca.

De pronto un grito de victoria llena  
el edificio del fatal congreso.  
el semblante de todos se serena,  
torna á ser libre el corazón opreso  
y aparece el acólito Anchorena  
correcto, grave, reposado y tieso  
y detrás de él, luciendo su nariz,  
el respetable emperador don Luis.  
Todos los padres de la patria unidos  
de pié se ponen saludando á Peña,  
se escuchan muchos gritos repetidos  
vivando en él, la libertad Porteña,  
á los pocos minutos transcurridos  
aquel falso entusiasmo se domeña,  
y todos vuelven á sentarse luego  
en su curiosa exaltacion de fuego.  
Y se oyen allá afuera las carreras  
y los gritos de rabia y la porfia

de aquella multitud que en las aceras  
comentaba el suceso y se reía.  
los murmullos, los gritos y los ¡muera!  
y el ruido de la audaz caballería  
que en militar tumulto se desata  
y corre y pisa y atropella y mata.

Entanto allá en la sala de sesiones  
del Congreso que llaman Argentino  
otra vez los ilustres dormilones  
se agitan en confuso remolino,  
y esperan sofocando sus pasiones  
que empiece á hablar en su léguaje fino  
Saenz Peña y que les diga claramente  
porqué los llama á una sesión urgente.  
—De pronto el viejo emperador levanta  
su deslumbrante, colosal cabeza,  
hácia los congresales se adelanta  
y dice en medio á su senil tibieza:  
—He convocado esta asamblea santa  
para que diga con formal franqueza,  
si es virgen esta niña que ¡oh sonrojos!  
he conquistado con mis lindos ojos.  
Y así diciendo señaló á la hermosa  
muchacha de que os habla el otro canto,  
y ella la pobre al parecer llorosa  
con intimo quebranto  
giró por el recinto sacrosanto  
sus miradas rellenas de inocencia,  
mientras para evitar una celada  
trataba de ponerse colorada.

Dos viejos ordenanzas remolones  
con mas canas y granos que Gramajo  
al medio de la sala de sesiones,  
con singular trabajo  
una mesa trajeron  
y con un paño negro la cubrieron.

La muchacha enseguida se comienza  
á desvestir y sin temor, ni duda,  
para que todo el mundo se convenza  
olvidando el pudor y la vergüenza  
tiró la ropa y se quedó desnuda.  
Y dando un brinco por la sala en cueros,  
mostrando la elegancia  
de sus formas y el brillo y la arrogancia.  
sobre la mesa sé' acostó temblando

y de sus ojos pálidos cayeron  
un reguero de lágrimas que fueron  
por sus mejillas sin cesar rodando.

Mudos los unos y los otros mudos  
ante tanta belleza,  
mil suspiros agudos  
lanzaron en su bárbara torpeza,  
y ninguno se atreve en el momento  
á abandonar su desgastado asiento,  
que todos se quedaron admirando  
á aquella hermosa, celestial mujer:  
en los espasmos de su ardor nefando  
parecian estar reflexionando  
los aforismos de Daniel Solier.  
De pronto el viejo senador Barbeito  
el aborto mas raro del mitrismo,  
se levantó con el bestial cinismo  
del abogado que no pierde pleito  
y dijo con ardor:— Vamos señores  
diputados tambien y senadores  
á analizar con singular cuidado  
y con afán profundo  
si aún es immaculado  
ese ángel destinado  
al mas glorioso emperador del mundo,  
Los otros en torrente  
ligeros cual los vientos,  
abandonan sus liricos asientos  
y se derraman desbordadamente  
en torno de la ruda  
mesa en la cual yacia  
como ensueño de eterna poesia  
aquella ninfa del amor desnuda.

Ni Larsen del Castaño  
el hombre de mas corte y menos paño,  
que se pasa las horas en el juego  
para con tono por costumbre huraño  
decir que sabe deletrear en Griego;  
ni él mismo, lo repito,  
nos explicára que temblor maldito  
que rara excitacion y que embeleso  
embargara sin tasa  
á los pícaros miembros del Congreso  
cuando vieron de cerca á Nicolasa.  
Y eso que el ñato ha sido aunque lo niega  
el íntimo colega  
de todos los actuales

gloriosos congresales,  
y conoce sus negros corazones  
y su gentil *toupet*  
como conoce don Manuel Gonnet  
la historia de los Brutos y Catones.  
Don Manuel es un genio  
que nunca encuentra á su valer proscenio  
y en la pasion perversa  
que ha tiempo lo trabaja  
perpetuamente viaja  
de «El Censor» á La Plata y vice-versa.  
La Plata! esa es la fétida colmena  
de todos los enjuagues y rencores  
que esparcen sus maléficos olores  
cuyo aliento envenena  
y á eterna servidumbre nos condena.  
Al hablar de la noble Buenos Aires  
hablo de todas las provincias nuestras,  
que en todas se hallan infecundas muestras  
y pruebas vergonzantes  
de ese espíritu eterno,  
que ayuda á los actuales gobernantes  
á escalar las montañas del infierno.

Pero... otra vez la digresion me empuja  
á hablar de cosas que no quiero hablaros,  
solo por complacer á este granuja  
maldito corazon, que en sus reparos  
quiere á cada momento  
sus quejas de dolor lanzar al viento.  
Bien dije yo al principio  
(perdóneme por Dios tan negro ripio)  
que soy un fastidioso y deslenguado  
que aburrirá al paciente  
lector inteligente,  
con su estilo pesado  
sereno, soñoliento y desgreñado.  
Volvamos pues la proa  
hácia las playas de mi loco cuento,  
antes que nuestra bélica canoa  
zozobre al violento  
empuje de la mar y al movimiento

Decia que los santos senadores  
y tambien los benditos diputados  
al ver esos encantos no soñados  
sintieron en sus fibras interiores  
convulsiones, espasmos y temblores,  
y que algun militar viejo y desecho

al mirar con asombro  
las curvas tentadoras de aquel pecho  
llegó á quedarse con el arma al hombro.

En torno de la mesa donde llora  
la pobre Nicolasa,  
cada padre del pueblo se acalora  
por tocar con su mano redentora  
aquellas carnes cuya su vista abrasa.  
Y todos en confusa algarabía  
se empujan, se atropellan  
y en palpitante ebullicion se estrellan  
como las olas de la mar bravia.

Alza Delpino la robusta frente  
por sobre el hombro de Rufino Ortega  
y de Mendoza en general reniega  
porque Rufino ardiente  
no le deja mirar comodamente.  
Mas allá Urbano Iriondo  
armado siempre de su aliento hediondo,  
empuja al coronel don Julio Dantas  
y le pega tan fuerte pisoton  
que este cae desmayado en un sillón  
invocando á los santos y á las santas.  
En otro grupo don Eugenio Abella  
armá formal querella  
con Marcelino Ugarte  
y encendiendo pasadas discusiones  
se largan tan terribles mordiscones  
que parecen discipulos de Marte.  
Y al fin en confusion negra y sombría  
el enjambre fatal se retorcia  
y se alzaban de pronto las cabezas  
de algunos inmortales,  
y aquella ebullicion acrecentando  
iba por sus contornos semeando  
el vaiven de las fiestas Bacanales.  
Aquí Pancho Alcobendas  
que quiere siempre manejar las riendas,  
trata de conquistar con las posturas  
á la niña de formas tentadoras  
y le lanza miradas protectoras  
untadas de seráficas ternuras;  
mientras que Héctor Quesada  
seguido por Benito Villanueva  
mirando el rumbo que don Pancho lleva  
lanzan una estruendosa carcajada.  
Tambien Máximo Paz se ha enamorado

y mira á su tocayo de la Fuente  
con la actitud clemente  
del gladiador glorioso que ha triunfado  
y á su débil contrario ha derrotado.  
Mas lejos, ciego y sin pudor se arrastra  
don Bonifacio Lastra  
calándose los biblicos anteojos  
tras de cuyos cristales  
se entreabren en latidos desiguales  
sus ¡ay! revueltos y cansados ojos.  
¡Pobre don Bonifacio  
aunque está á punto de perder la vista  
conserva siempre su afición de artista!

Eriberto Mendoza mientras tanto  
por el exceso de entusiasmo ciego  
miraba en loco encanto  
con anchos ojos color de fuego.  
y en los espasmos de su gloria incierta  
estaba el pobre con la boca abierta.  
Luego Andrónico Castro el fiel baluarte  
de todas las ilícitas jugadas  
sintiendo no se sabe que pintadas  
en no se sabe que ignorada parte,  
lanzó un ¡ay! tan profundo  
que ensordeció por un momento al mundo.  
Todo se agitan en eterno oleaje  
tosiendo, murmurando,  
y en su insaciable vanidad pugnando  
por tomar actitud de personaje,  
se acercan, se retiran  
y con acentos de pasión suspiran,  
todos en desacuerdo y peregrino  
confuso palpitar y remolino.

Y ella la encantadora Nicolasa  
al ver tanta pupila que se abrasa  
mirando sus encantos escondidos,  
esclava de unpudor que la atortola  
se puso del color de amapola.  
lanzó cuatro gemidos,  
y despues acallarse la conciencia  
que ardía al parecer como un fragua  
retornó á su anterior indiferencia  
como retorna el pejerrey al agua.  
En este instante el vueno de Evaristo  
que es un ferviente adorador del Cristo (\*)

(\*) . . . . . que mas alumbra (lo pongo aqui porque no cabe en el verso)



y además lo és tambien de las mujeres,  
como gran presidente del Senado  
hizo á todos á un lado,  
se acercó á Nicolasa poco á poco  
y ocultando que estaba medio loco,  
la examinó con mucho desparpajo  
por arriba tambien y por abajo.  
Y luego dirigiendo sus vidriosas  
miradas á Saenz Peña  
que con cara risueña  
contemplaba de lejos estas cosas  
le dijo :

— Emperador habéis triunfado,  
ese ángel-destinado  
á brindarte placeres y placeres  
es puro, inmaculado  
y queda por mi parte consagrado  
como el fenix de todas las mujeres.

Si Eduardo Wilde hubiera ¡ Dios clemente !  
escuchado á Uriburo,  
esclamar con miradas de inocente  
esas palabras de candor tan puro.  
de fijo entrecerrando la mirada  
lanzara una estruendosa carcajada.  
Porqué él que es un filósofo bizarro  
comprende en su talento peregrino  
que todas las del sexo femenino  
no valen la pitada de un cigarro.

Don Luis que solo tiene  
de filósofo el vientre y las orejas  
y á pensar como Wilde no se aviene,  
escuchó por verdades las concejas  
del listo presidente del Senado,  
y en su orgullo alhagado,  
se dirigió á la mística asamblea  
y dijo desflorando una sonrisa :  
— Señores hoy la dicha mé rodea,  
hoy me llega hasta el cuerpo la camisa.  
Acabáis de escuchar á vuestro ignoto  
presidente glacial, que no se exalta,  
ahora solo falta  
que vosotros tambien me déis un voto.

En esto se arma un colosal tumulto  
de gritos y de golpes y patadas,  
cada señor por escurrir el bulto  
se abre paso á empujones y trompadas,

alguno lanza un despreciable insulto y en inmensas, atlánticas oleadas todos se agrupan con semblante listo en redor del tunante de Evaristo. Votan despues, y trás el santo voto se extiende un patriarcal certificado, en que consta que ha sido examidado el cuerpo de la niña, y que el devoto tribunal, la ha juzgado digna de tantos ramos de azahar como de palos el francés Penard.

Y ella fiera, orgullosa con el decreto aquel que la ofrecian, sintió que por sus pómulos corrían dos lágrimas de casta mariposa y viendo al fin y al cabo terminado el examen aquél tan prolongado, se bajó de la mesa en el instante y allí mismo delante de los viejos, ilustres tenoriones que se agitan en grupos y montones como se agitan en el mar las aguas, se puso la camisa, los calzones y después el corset y las enaguas.


Luego rasgando su perpetuo ceño dijo el emperador algo risueño :  
— Señores ilustrados senadores, señores distinguidos diputados. la virgen celestial de los amores entre guirnaldas de silvestres flores me brinda mil deleites codiciados; y no es justo que yo solo aproveche sin que tomen mis mas buenos amigos una taza de amargo té con leche, ó un guiso de perdiz en escabeche; ó una canasta con quinientos higos. Asi pues, olvidando mil rencoras, sin que ninguno al otro lo denigre, festejando el vaiven de mis amores os invito seráficos señores á ir á comer en el hotel del Tigre. Habrá vino, habrá baile, habrá jarana bochinche, farra, borrachera y todo, y cada cual bajo su gran sotana llevará una gigante damajuana para empinar de vez en cuando el codo. Además nos espēran allí ochenta

muchachas todas sin ningun reproche, ya véis por el resúmen de esta cuenta que si allí nos pillára una tormenta no pasaremos una horrible noche. Adelante pues! Vamos prontamente desparramando manantiales de oro y gaste á su sabor toda la gente, que esta fiesta la ordena el presidente, pero la paga el nacional tesoro.

Y en confuso tropel todos salieron llevando á Nicolasa a la derecha, á la estacion se fueron, en un coche muy grande se subieron y el tren partió despues como una flecha por las anchas campiñas olvidadas, mientras allá en la plaza de Victoria los vigilantes rebozando gloria repartian sablazos y trompadas.

---





## CANTO V.

Ya me fatiga el que todos mis cantos  
han de llevar por fuerza algun prefacio . . . .  
¿porqué en siglos de tantos adelantos  
y de progresos tantos  
he de imitar la estupidez de Horacio?  
¿Porqué he de hacer de la moral un gorro  
para ponerlo siempre á la cabeza  
del canto que empecé? . . . ¿Porqué simpleza  
no he de poder largar á gusto el chorro?  
Ni el mismo general Lucio Mansilla  
que toca los asuntos por la orilla  
porqué para él charlar es un canto,  
ni el mismo, lo repito, hoy ni mañana  
se resignára á esta costumbre vana  
de enclavar un prefacio en cada canto.  
Y yo que como Lucio tengo un poco  
de poeta y de loco,  
(aunque de loco mas que de poeta)  
suprimo los exordios cansadores  
y desparciendo purpurinas flores  
sigo adelante sin mover la jeta.  
Sé que al romper con la costumbre empeño  
lucha gigante con la estirpe humana  
y que humillado en mi atrevido empeño,  
cantaré solo yó mi loco sueño  
como en el fresco manantial la rana.  
¿Pero que importa sin con fé tranquila  
rasgando el manto de la eterna pena  
en los espacios de mi cráneo oscila,  
como el sable feudal de Capdevila  
la luz genial de la razon serena?  
En fin, yo me decido  
á abandonar el legendario nido  
de esas mil sin razón preocupaciones,

y como Campos, general valiente,  
del mundo entero me coloco enfrente  
porqué no han de faltarme municiones.  
No crean que soy raro  
al mirar que con Campos me comparo,  
que yo tambien soy un mortal de agallas  
violento, pendenciero y belicoso  
capaz en medio á mi valor furioso  
de dar mi honor por concertar batallas.  
Ruja el mundo y blasfeme el Ateneo  
porqué he violado sus sagradas leyes.  
que eso de abandonar el mar Egeo  
antes que yo lo hicieron, segun creo,  
un millon y algo mas de pejerreyes.  
La retórica es solo una macana  
digna de Gálvez ó de Antonio Ruiz. . . .  
¿quién para hablar la lengua castellana  
necesita, en la tierra americana  
montarse un diccionario en la nariz?  
Está pues decidido y por lo tanto  
no he de ceder aunque se enoje Oyuela,  
ese clásico santo  
que es abogado del dolor de muela,  
no he de ceder, en este quinto canto  
quiero romper al fin con la gramática  
y pelearme tambien con la retórica  
y con toda costumbre sistemática  
y con toda mentira metafórica.  
Que venga Beascochea  
ese reflejo de la luz Febea  
comisario gentil de ojos hirvientes,  
que aunque él se oponga con sus santas manos  
he de matar esos preceptos vanos  
rompiendo á la Academia cuatro dientes.  
Y en esta lucha no me encuentro solo:  
si no me ayuda Apolo  
me ayuda Guñazú que es el gran astro,  
el orador genial de las naciones  
cuya elocuencia tiene mas razones  
que lobanillos don Emilio Castro.  
El desde lo alto de su gran tribuna  
convencerá á la multitud ingrata  
y triunfante y glorioso en su fortuna  
se elevará á los cuernos de la luna  
montado en la nariz de Pedro Arata;  
mientras que yo como la rama inerte  
que el madero perdió que la soporta  
iré á rodar. . . . ¡pero al lector no importa  
el rol cualquiera que me quepa en suerte! . . . .

—Al fin dejemos la macana á un lado,  
(dirá el doctor Alejo de Nevares)  
y volvamos al cuento comenzado  
como vuelve el incienso á los altares.  
Y al cabo don Alejo  
tendrá razon en darme ese consejo.  
pues charlando y charlando  
me voy del argumento separando  
de tal manera y con tan perra suerte,  
que ya no encuentro el hilo  
del cuento peristáltico y tranquilo  
que ignoro si os aburre ó si os divierte.  
Don Leónidas Echagüe, el literato  
que tanto sufre de sequera y flato,  
tambien protestará seguramente  
si sigo palabreando de este modo,  
y el hormiguero de los orbes todo  
en desigual torrente.  
para acabar mi charla tartamuda  
se arrojará sobre mi cuerpo ateo.  
y me convertirá en un gran fideo,  
si no me presta Albarracín su ayuda.  
Detengo pues mi pluma charlatana  
antes que el gesto del lector me ostigue  
y sacudiendo mi osamenta humana  
me pongo á referiros lo que sigue:

La noche era una noche como aquellas  
que nos pintáran bellas  
mil bardos en su loca fantasia;  
las brisas sus ensueños murmuraban,  
los pájaros cantaban  
y el agua soñolienta se mecia.  
El cielo nebuloso y desgredado,  
de estrellas salpicado  
desataba un torrente de colores;  
la luna proseguía su carrera,  
dormía la rivera,  
y entreabrian su búcaro las flores.  
De lejanos, hermosos instrumentos  
en alas de los vientos  
llegaban las estrañas armonias  
y mezclaban sus lánguidos arrullos  
con los tristes murmullos  
de las aguas calladas y sômbrias.  
De entre la yerba mística que verdeaba  
cada árbol levantaba  
su follaje romántico y marchito,  
y allá sobre los anchos horizontes

leves colinas y pequeños montes  
 estendian sus alas de granito.  
 Las sombrías bandadas de gaviotas  
 en ráfagas ignotas  
 cruzaban ¡ay! por la extensión vacía,  
 y la lira fantástica de Orfeo....  
 ¡pero caramba! creo  
 que ya basta de tanta poesía!

Volvamos á la prosa  
 que es á mi ver lector, la mejor cosa,  
 y abandonando tan brumoso estilo  
 digamos que es de noche  
 que el pueblito del Tigre está tranquilo  
 y que en las tantas islas holgazanes  
 que en las aguas verdosas se levantan  
 cantando rien y riendo cantan  
 una runfla de damas y galanes.

Y sobre todo en una  
 isla bañada por la casta luna  
 es mayor la alegría y el contento:  
 en ella las botellas se entrechocan,  
 los labios se provocan  
 y aumenta la algazara y el violento  
 obsceno movimiento  
 y la báquica orgía  
 que ha de durar hasta que llegue el día.  
 Todos en negra ebullicion cantando  
 se agitan apurando  
 el vaso tentador de los placeres;  
 todos buscan en medio de su ansia loca  
 la abrasadora boca  
 y el regazo de amor de las mujeres.  
 Era aquella una farra  
 con acordeon tambien y con guitarra,  
 y cada cual por aumentar la broma  
 contaba con palabras combustibles  
 mil cuentos mas risibles  
 que el pobre don Tomás Santa Coloma.

Pero dirás lector que ya es preciso  
 que diga quienes eran y que hacian  
 los que con tanto ardor se divertian  
 en el mismo dintel del paraíso.  
 Me pones en un grave compromiso  
 pero al fin ¿qué he de hacer? dobla tu frente  
 y alarga tus orejas, te lo ordeno  
 no sea que nos oiga algun agente



de aquellos que engendrara Viejobueno.  
El secreto en el caso es necesario  
como son necesarias las camisas.  
figurate que mascarón de otario  
pondré yo si me escucha un comisario  
ó un sabueso cualquiera de pesquisas.  
Porque el asunto es grave  
y ningun otro mas que yo lo sabe.

Pues bien, los calaveras  
que en cascada sombría  
se abandonaban como torpes fieras  
à los vaivenes de esa loca orgia,  
eran el sabio emperador y todos  
los que al salir del popular congreso  
tomando el tren espreso  
cruzaron las campiñas olvidadas  
mientras allá en la plaza de Victoria  
los vigilantes rebozando gloria  
repartian sablazos y trompadas.  
Era Saenz Peña, si, que con su corte  
de nobles y leales consejeros,  
sin que el rùgido popular le importe  
festejaba sonriente los primeros  
besos tamborileros  
que con su boca de carmin que abrasa  
le daba la coqueta Nicolasa.  
Y era de ver la bárbara alegría  
de aquellos señorones:  
Julio Dantas bailaba en su porfia,  
Villanueva cantaba, Paz reía  
y Tagle se quitaba los calzones.

Luego empezó la cena. Eran las nueve;  
como un copo de nieve  
desprendido de lo alto de algun monte,  
la luna titilaba  
y con su disco brillador bordaba  
la dormida extension del horizonte.  
De pronto el viejo soñador Quintana  
dijo con su sonrisa cortesana:  
—Mirad esa pupila  
que en los abismos del espacio oscila,  
esa luna gentil que nos conforta  
y en la altura se mece  
y confesad que en mucho se parece.  
à mi colega don Amancio Alcorta.  
Y Alcorta el gran ministro de copete  
enternecido por el simil bello,

se quitó cortesmente su bonete  
 y dijo al punto sin tomar resuello:  
 —; Oh don Manuel! Perdona si mi acento  
 vuela importano á molestar tu oido  
 y si en mi loca inspiracion fermento  
 como una pipa de licor podrido;  
 la cuerda mas leal de mi instrumento  
 con tu mano fantástica has herido  
 y ya no acierto á sofocar la nota  
 que del algibe de mi pecho brota.  
 Tú me has dicho gentil, tú has declarado  
 que es mi presencia santa y oportuna,  
 en medio á tu bondad me has comparado  
 con la nevada voluptuosa luna,  
 me has llamado colega y has dejado  
 en mi cuerpo tu atlántica vacuna  
 y por lo tanto yo te lo agradezco  
 aunque estoy cierto que mas merezco.  
 Y al concluir su discurso con tranquilos  
 ademanes y estilos,  
 viendo una fuente de jamon colmada  
 se comió con furor una tajada  
 de veinte y seis ó veinte y siete kilos....!

El voluptuoso emperador entanto  
 hablaba con Romero  
 y este que es un ministro muy grosero,  
 sin escuchar lo que don Luis machuca  
 á su ninfa abrazaba y retorcia  
 y en su loca pasión se entretenia  
 en hacerle cosquillas en la nuca.  
 Victorica tambien bajo unos pinos  
 con su muchacha á un lado, al otro Marte  
 entre salchichas y espumosos vinos  
 pensaba soñoliento en los destinos  
 del que es á un mismo tiempo juez y parte,  
 y en un rincon mas lejos Escalante  
 el biblico y flamante  
 gran ministro de ropas interiores,  
 mirando al coronel Mariano Espina  
 se comia una pata de gallina  
 y aspiraba la esencia de unas flores.  
 Tambien estaba allí Osvaldo Magnasco  
 que encima de un peñasco  
 recitaba discursos muy bravios,  
 tratando siempre de esconder las claves  
 de asuntos algo graves  
 que dejó cuando vino en Entre-Rios.  
 A su lado el galán Roque Saenz Peña

mordiéndose las uñas retozaba  
y soñando en la farsa Santiagueña  
á su ninfa abrazaba,  
mientras que Pellegrini se sacaba  
en éxtasis de amor los calcetines  
y con gran precaucion los colocaba  
sobre la jeta de Julian Martinez.....

De pronto el digno acólito Anchorena  
le dijo á su morena  
señalando á Igarzábal con el dedo:  
— Aquél sucio galan de abierta boca  
que está sentado sobre aquella roca  
se está tirando en este instante un pedo.  
Mas don Rafael que comprendió el juguete  
hacia el grave Anchorena se volvió  
diciendo: — Me he tirado un pedo yó  
porque vos antes os tirasteis siete,  
si quereis consultad al padre Astete  
y el os dirá al final si es cierto ó nó  
que el que mas pedos por su mal se tira  
por un conducto singular respira.  
-- Cese la discusion, sabios doctores,  
dijo de pronto el coronel don Roque,  
y abramos el bitoque  
del preciado barril de los amores,  
que el diablo ha puesto por decir que es fino  
vino en las uvas y en las almas vino.  
— Mejor es — exclamó Joaquin Gonzalez —  
que juguemos un poco á las cuarenta;  
no sean animales  
y moderen sus ímpetus sensuales  
que tanto abuso de placer no sienta.  
Yo traje una baraja  
por precaucion metida en el bolsillo.  
juguemos pues, la luna no está baja  
y nos alumbra con su opaco brillo.

Sentáronse enseguida  
formando rueda cinco personajes  
y allá detrás todos los otros luego  
se quedaron mirando  
para ir poco á poco disfrutando  
de los vaivenes y ansiedad del juego.  
Los jugadores eran: Julio Roca,  
Pellegrini el cantor de la cigüeña,  
Quintana, el viejo emperador Saenz Peña,  
y Roque el Juan Tenorio de la Boca.  
El pobre don Joaquin que del invento

era el padre legitimo y por tanto  
gran derecho tenia y argumento,  
tuvo á la fuerza que ceder su asiento  
á Pellegrini el cuidador de Amianto.  
¡Oh pobre Joaquín  
cuando no está en Belen, está en Pekin! . . .

Todos se agrupan por mirar de cerca  
á aquellos jugadores  
con voluntad inconmovible y terca  
y algunos senadores  
y diputados hay. de cara puerca  
que pretenden usando mil argucias  
subir sobre los otros ¡oh lectores!  
la torre inmensa de sus patas sucias,  
Otros como el gran Gomez (Indalecio)  
que saben hacer pruebas de trapecio,  
en lugar de seguir la turba impia  
que mil fortunas en un mes derrocha,  
jugaban con el fuego y la bugia  
besando y abrazando á su morocha.  
¡Felices por siempre ellos  
que tienen sueños de pasion tan bellos!

De pronto en aquel grupo que formaban  
los cinco personajes que jugaban  
y los que con paciencia y sangre fría  
soñando los miraban,  
se armó una espelusnante algarabia:  
todos el triunfo para sí clamaban  
y en buena ley ninguno lo tenia!  
—¡Yo gané! —el general don Julio Roca  
con ojos de lechuza les decia —  
—¡Yo soy quien ha ganado! —proferia  
don Luis abriendo por demás la boca —  
—¡Falso! Mentira! Yo triunfé! — gritaba  
Quintana el melancólico alcornoque —  
—¡Yo he sido el que triunfó! — chillaba Roque  
y Pellegrini — ¡Yo gané! — clamaba.

¡Horrible confusion! ¡Horrible espanto!  
Se levantan los nobles jugadores  
con entusiasmo santo  
y cubiertos los rostos de colores  
y el corazon de misticos enojos,  
en los arcanos de su rãbia loca  
hablan con las orejas, con la boca  
con los brazos, las piernas y los ojos.  
¡Horrible confusion! Los pelotudos

que contemplaban esta torpe escena  
querian poner paz en la colmena  
lanzando gritos por demás agudos,  
y los que allá á lo lejos  
de la luna á los pálidos reflejos  
solos con su muchacha se encontraban,  
corriendo á escape volador venian  
para ver, del corral que conocian  
que perros eran los que asi ladraban.  
Y el bochinche se aumenta  
los torpes gritos crecen  
los cielos se oscurecen  
en su furor volcánico  
y los que alli discuten  
se miran, se atropellan,  
se juntan y se estrellan  
en circulo satánico.

De pronto el éco de un rumor creciente  
turbó el creciente rumorear de aquellos,  
un éco temblador omnipotente,  
que oyó aterida la cobarde gente  
por el miedo crispados los cabellos.  
Era algo asi como el rumor de espadas  
que en la negra penumbra se entrechocan  
y evocando las glorias eclipsadas  
por destellos de genio iluminadas  
á la venganza y á la lid provocan.  
Era algo asi como una voz ligera  
que en los espacios dilatados zumba  
y que vibra tan fuerte y tan entera  
como la voz de un héroe que saliera  
de los abismos de la negra tumba.

Calló la voz lejana,  
cesó el rumor creciente,  
y luego aquella gente  
en su valor indómito,  
volvió á la lucha eterna  
con implacable celo  
regando el verde suelo  
con uno que otro vómito.  
Cual sombras los veía  
al parecer felices  
romperse las narices  
con gran furor indigeno,  
y exhaustos, casi muertos  
quitándose los sacos.

olerse los sobacos  
à falta de otro oxígeno

Tornó de nuevo aquel rumor creciente  
à desgarrar la placidez de aquellos  
con su éco temblador, omnipotente  
que oyó aterida la cobarde gente  
por el miedo crispados los cabellos.  
Que aquel hervor lejano  
mas cerca resonaba,  
rugia y se aumentaba  
como un cantar diabólico,  
y los que lo sentian  
miraban sin callarse  
sus penas encrespase  
como se encrespa un cólico.

De pronto como un mar que se desata  
y sus ondas dilata  
en la campiña fresca y olorosa,  
por la isla que los nobles eligieron  
negra irrupcion hicieron  
un grupo de patriotas que vinieron  
en falange compacta y tumultuosa.  
Y aquellos señorones  
al verlos en corriente desatada,  
elevando hacia el cielo la mirada  
se cagaron de miedo en los calzones.  
¡Oh! pobres diputados!  
¡Oh! pobres senadores!  
en su placer turbados  
y en sus castos amores!  
¡Infeliz presidente!  
¡desdichados farristas!  
¡todos lanzan miradas tramoyistas  
y dan à su pesar diente con diente!  
Que aquellos invasores tan feroces  
hablaban ¡ay! en un extraño idioma  
y entraban cual los bárbaros en Roma  
dando mordiscos y largando coces,  
y en su fiereza suma  
cada cual un Atila parecia  
pues cada cual en su furor traia  
en la mano un filoso cortapluma.

Y allí empezó la lucha gigantea  
entre los invasores decididos  
y aquellos desdichados invadidos;  
cada cual con valor<sup>7</sup> lucha y pelea

y se empujan y pisan en hirviente  
torbellino creciente,  
hasta que nubes pálidas pasaron  
en ráfagas impuras,  
y á la luna ocultaron  
dejando á aquello por completo á oscuras.  
Entonces solo ruegos y gemidos  
y gritos doloridos  
y místicos lamentos  
escucharon las aguas y los vientos.

Ninguno sabe lo que allí ocurrió,  
pero alguien ¡oh lectores!  
me asegura que aquellos invasores  
á los santos notables desnudaron  
y usando el cortapluma les cortaron.....  
(perdóneme Cané si en lo que digo  
á la moral y al orden desacato)  
....pues les cortaron.... eso,....¡el aparato  
que llevamos aquí, bajo el ombligo!

Solo puedo decir yo que enseguida  
que pasaron las nubes una á una  
y á los arrullos del amor mecida  
otra vez desgranó su luz de luna,  
pude ver que yacian ya marchitos  
sobre el lecho movable de las olas  
como doscientos ó trescientos pitos  
y cuatrocientas ó quinientas bolas.

Y aquí lectores doy por terminada  
la triste historia de «La gran Castrada».

FIN



